



Rubens en casa de Velázquez

(Conclusión.)

Arquitecto, él había construido su palacio y la magnífica iglesia de Amberes; diplomático, había concluido Tratados de paz, haciendo los retratos de los potentados; escritor, estaba en correspondencia con los primeros sabios de Europa.

Su carácter correspondía á su genio. Mantenía á su costa jóvenes pensionados en Roma. Hacía callar á sus enemigos por sus beneficios. Cornelio Schut se había declarado su adversario: supo que le faltaba trabajo é inmediatamente se lo procuró. Hacía pintar por Van-Uden y por otro de sus discípulos los animales y las perspectivas de sus cuadros. Le echaron en cara que no sabía tratar este género: poco después expuso al público, en una cacería de primer orden, magníficas perspectivas pintadas enteramente de su mano. Se vituperaban los caracteres de sus cabezas: hizo el *Descendimiento*. Respondía á sus detractores con hechos; es decir, haciendo aquello que se le acusaba no sabía hacer. Citaba este refrán español: *haz bien y tendrás envidiosos; haz más bien y los confundirás*.

Sentía Velázquez una viva emoción al pensar que iba á ser juzgado por el más célebre artista de su tiempo.

—Mi fama no es nada—decía—mientras no tenga la aprobación de Rubens.

No quiso mostrarse á él sino rodeado de sus obras maestras. Había hecho expresamente para aquella gran entrevista su célebre cuadro *La túnica de José*, que los franceses, en 1809, cuando invadieron pérfidamente la España, arrebataron del Museo de Madrid y le llevaron al Louvre, y que los sucesos posteriores, que derribaron el poder de Napoleón, han hecho volver á España. Contaba con el efecto de aquel lienzo, porque dos años antes, Rubens, que había venido á Madrid, había dejado en esta villa admirables producciones de sus pinceles. El artista español había creído poderlas sobrepujar.

Al medio día dos brillantes grupos, acompañando á dos personas distintas, llegaron á la puerta de la celda habitada por Diego Velázquez.

Detúvose uno de los grupos en deferencia para dejar pasar al rey Felipe IV rodeado de la flor de los Grandes de España. Después entró el otro grupo: era Rubens, acompañado de Van-Dick, de Suciders, de Van-Uden, de Gaspar Cracer, de Widens y otros varios de sus discípulos, que llevaba siempre consigo en sus Embajadas. Venía por segunda vez á España con el carácter de embajador.

Así que el artista flamenco se halló en presencia del Rey, se apresuró á saludarle, inclinándose ante él; pero Felipe IV no quiso admitir sus homenajes.

—Estamos en casa de un pintor—le dijo,—y aquí vos sois el monarca.



Cogióle al mismo tiempo por el brazo, y á despecho de su severa etiqueta, los dos reyes dieron una vuelta por el taller, seguidos por sus cortes.

Por parte de Velázquez y de sus discípulos, la política era para Felipe IV; los honores, para Rubens. Juan Pareja, el esclavo mulato, parecía fascinado sobre todos. Sus ardientes ojos devoraban al gran hombre con profunda admiración. Se le hubiera visto, si se hubiese atrevido, postrarse á sus pies.

Tenía entonces Rubens cincuenta y dos años. Era hermosa su cabeza, imponente su rostro, su porte noble y distinguido. Habitado á ver las cortes, unía á la majestad del genio los elegantes modales del caballero.

Palpitaban conmovidos los corazones de los asistentes, mientras el jefe de la escuela flamenca examinaba en silencio las obras del jefe de la escuela española. A vista de *La túnica de José*, expresó su profunda admiración y alargó afectuosamente la mano á Velázquez, que se arrojó en sus brazos.

—Este día es el más feliz de mi vida—exclamó el pintor de Felipe IV;—pondréis el colmo á mi felicidad y gloria, señor, continuó dirigiéndose á Rubens, si os dignáis honrar mi taller dejando sobre uno de mis lienzos una pincelada de vuestra mano, como recuerdo y monumento de vuestra visita.

Al decir estas palabras, Velázquez indicaba con la mano sus principales cuadros y presentaba á Rubens un pincel y una paleta, esperando que el gran artista echaría sobre alguna parte de sus obras un rayo de su llama.

—Todo lo que veo está acabado—dijo Rubens;—pero os haré con mucho gusto un boceto.

Bajóse al mismo tiempo para coger un lienzo que había arrollado contra la pared y que creía estaba en blanco. Dió un grito de sorpresa, porque aquel lienzo era el cuadro conocido después bajo el nombre de *El entierro*. Palideció de terror el esclavo mulato al ver en tales manos aquel lienzo, que él no creía allí, y que había pintado en el secreto de la soledad. Púsose á temblar, como un criminal; bajó la cabeza aguardando, no sólo la reprensión de su amo, sino las bur-las de los discípulos.

Examinaba Rubens entre tanto aquella pintura excelente.

—Había pensado desde luego—dijo al fin—que esta obra no era vuestra, Velázquez...

Levantó la cabeza el esclavo, no atreviéndose á dar crédito á sus oídos y sintiéndose arrebatado por un sueño de oro más allá de todos sus deseos. Empero nadie le miraba.

—Merece más—continuó Rubens,—porque reconozco que esta pintura debe ser de uno de vuestros discípulos. Declaro que el que sea puede desde ahora llamarse un maestro, porque aquí hay talento y genio.

Cada una de estas palabras redoblaba las palpitaciones del corazón del pobre Juan.

—Ignoro—replicó Velázquez asombrado examinando también aquel lienzo,—ignoro en verdad quién ha pintado este cuadro, que yo no sabía estuviese en mi taller.

Y echó una mirada indagadora sobre todos los discípulos.

—¿Quién de vosotros, señores, ha hecho esto?—preguntó.

Nadie le había respondido cuando encontraron sus ojos al mulato. Juan Pareja se arrojó á sus pies con una indecible emoción.

—Yo he sido—dijo.

Y Van-Dick se vió precisado á sostenerle. Habíase pueste á llorar, sin añadir una palabra más. Rubens y Velázquez le alzaron del suelo y lo abrazaron. El rey Felipe IV, feliz testigo de aquella grande escena, se acercó inmediatamente, poniendo su mano real sobre el hombro del mulato:

—El hombre de genio no puede permanecer esclavo—dijo. Alza la frente, eres libre. Tu amo recibirá doscientas onzas de oro por tu rescate.

—Y esas doscientas onzas de oro, Juan, te pertenecen—añadió Velázquez;—mucho he ganado ya al hallar en ti, en lugar de un esclavo, un artista, un amigo.

—¡Ahl! ¡Siempre un esclavo!—exclamó con efusión Juan Pareja.—¡Sí, repitió, quiero ser siempre vuestro esclavo!

Y abrazaba las rodillas de su amo. Demasiado conmovido Rubens, había dejado la paleta y el pincel. Dilató para el día siguiente el placer que le pedía Velázquez. Las dos comitivas salieron.

A la mañana siguiente Rubens volvió, según su pro-

mesa. Pintó una hora y dejó un boceto. Fué servido por Juan, vestido ya entonces como hombre libre, y no se marchó sin haber abrazado al nuevo compañero que quería adorarle.

Tal vez deseen nuestros lectores algunas palabras más sobre la vida del artista Juan Pareja. Jamás olvidó el buen trato que había recibido de Velázquez, y jamás quiso consentir en separarse de él. Le acompañó por todas partes, y fué admitido en Roma el mismo día que él en la Academia de San Lucas, que contaba entre sus miembros al Dominico, á Guido, Pedro de Cortona, Ponssino, Sandracts, el Guerschino y otros muchos grandes hombres. Velázquez murió en Madrid en 1660 atacado de una enfermedad contagiosa. Juan no se separó de su lecho fúnebre sino para ir á continuar sus servicios con la viuda, á la que vió morir, ocho días después, de la misma enfermedad. Entonces se marchó al lado de la hija de sus amos, que hacía poco se había casado con el paisajista Martínez del Mazo.

—Señora—la dijo,—sólo me quedáis vos; tomadme á vuestro servicio si no queréis que me muera.

—Entra; tú eres de la casa—respondió Mazo.

Y Juan consagró su amor al paisajista, que le debió la vida.

En 1670, por un cuadro satírico, que aún se enseña en el Palacio de Aranjuez, un gran señor de Madrid se incomodó é hizo apostar un asesino encargado de dar de puñaladas á Martínez del Mazo. Juan Pareja, que le acompañaba siempre, se arrojó delante del asesino y recibió la puñalada que iba destinada para él, y murió.

El Museo de Madrid posee del artista mulato muchos cuadros admirablemente pintados. La galería del Museo de París, que se llama *El Museo Español*, tiene dos cuadros de este gran autor. El uno es *Las santas mujeres en el sepulcro del Señor*; el otro es el admirable cuadro *El entierro*, que fué dado á luz por las manos de Rubens cuando lo encontró en el taller de Velázquez. *El voto de San Matías*, que se reputa una obra maestra de Juan Pareja, se encuentra en el Palacio de Aranjuez.



EL AZUFRE

Estaba el pobre Rafaelito frotando su sombrero de paja con un pedazo de limón, que de cuando en cuando impregnaba de un polvo amarillo verdoso que en un papel tenía, cuando sus amigos del piso principal que le vieron en tal operación, le preguntaron:

—¿Qué untura le estás dando al sombrero? ¿Está enfermo?

—No está muy católico—respondió sonriente Rafaelito;—pero lo estoy poniendo como nuevo.

—Efectivamente; por el lado que le has dado esa pasta, está mucho más limpio.

—¿Como que se queda como nuevo!

—¿Y qué le das?

—Limón y azufre. Mi tío me ha explicado hoy cosas del azufre sumamente curiosas.

—Cuentánoslas.

—Pues veréis: Si acercáis la punta de una barrita de azufre al oído, escucharéis un ruido particular, sin que hagáis nada para producirlo. Consiste esto en que el calor de los dedos que sostienen la barra no dilata más que la superficie, por ser el azufre un cuerpo mal conductor del calor, y los cristaltitos de que está compuesta la barra se quiebran y producen ese sonido particular (fig. 1.^a). Con una mezcla de azufre y limadura de hierro se puede obtener un volcán en miniatura.



FIG. 1.^a



—¿Un volcán?

—Sí. Para ello se toma un poco de greda y unas chinitas que se amasan para formar un montecillo (fig. 2.^a). Se mezclan luego 50 gramos de azufre en polvo con 100 de limadura de

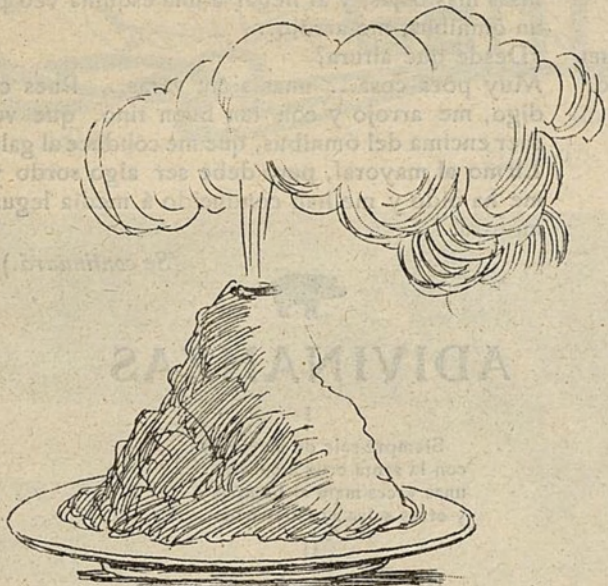


Fig. 2.^a

hierro, y se hace de ello una pasta con agua caliente. Colócase esta pasta sobre un plato y se cubre con el montecillo de greda, en cuya punta se ha dejado una pequeña abertura. Al cabo de unos veinte minutos comenzará á salir un chorro de humo que completará la ilusión del Vesubio diminuto. Otra de las curiosas propiedades del azufre es que el humo que produce al quemarse se come los colores. Mi tío ha hecho un ramo de violetas de tres colores: rosa, blanco y verde. En un plato viejo de hierro se hace arder el azufre, cubriéndolo con un cucurucho de papel. El vapor que exhala el azufre es el ácido sulfuroso que sale por la punta del cucurucho, á la que se acercan parte

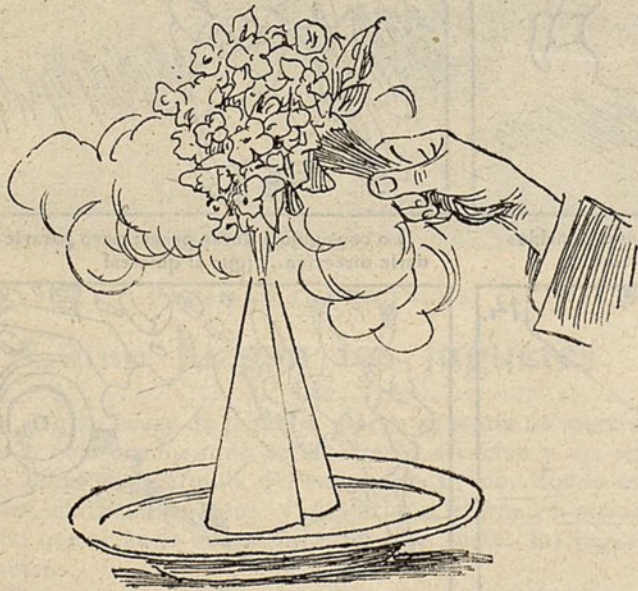


Fig. 3.^a

de las violetas que al instante se quedarán blancas (fig. 3.^a). Si otra parte de las flores se mojan en agua con unas gotas de ácido sulfúrico, se ponen rojas, y si la otra parte se pone encima de una cuchara en la que haya amoníaco (alcali volátil), se volverán verdes. Por este procedimiento se obtiene un ramo de violetas de tres colores.



EL TEATRO DE LOS NIÑOS

Terminada la construcción del teatrillo que para Lolita y Carlos mandó hacer su abuelo, según anunciamos en nuestro número 7, ha sucedido á la representación de as charadas, que nuestros lectores conocen, el estreno

de una comedia infantil en dos actos, adaptada del francés. Comenzamos hoy la publicación de esta comedia, que inaugura el repertorio que habrán de tener los asiduos favorecedores de GENTE MENUDA.

PEPITO TRÁPALA

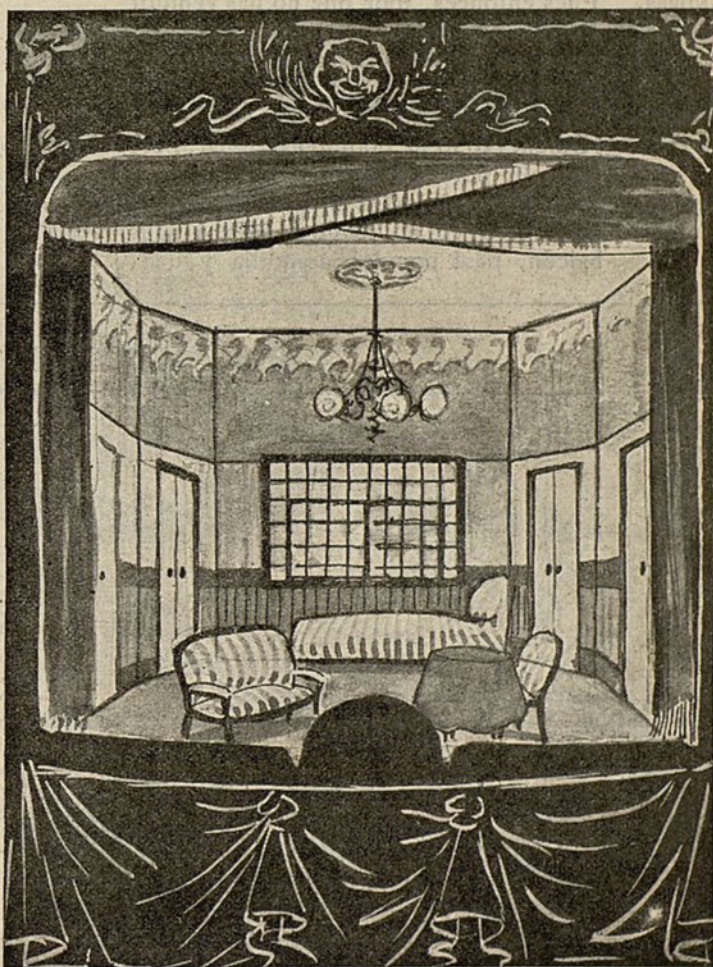
COMEDIA EN DOS ACTOS

PERSONAJES

EL SR. DE RAMÍREZ.	PAQUITA RAMÍREZ.
LA SRA. DE RAMÍREZ.	ELVIRA GARCÍA.
EL SR. DE GARCÍA.	PEPITO GARCÍA.
LA SRA. DE GARCÍA.	ANDRÉS. } Primos de Julia y
JULIA RAMÍREZ.	MANUEL. } Paquita.

ACTO PRIMERO

El teatro representa una sala elegante; puertas al foro y ventanas que dan al jardín.



ESCENA I.

JULIA y PAQUITA; después ANDRÉS y MANUEL

JULIA. Es extraño que Elvira y Pepito no hayan venido aún, porque ya son las cinco y ellos son siempre muy puntuales.

PAQUITA. ¡Ya sabes lo que es Pepe! Con esa cabeza que tiene, todo se le olvida y nada hace como se debe.

JULIA. Pero hija, ¿cómo se le ha de olvidar que tiene que venir con su hermanita para que ensayemos la charada y que nuestros primos están citados con él aquí también.

ANDRÉS. ¡Hola, primitas, buenas tardes! ¿Todavía solas? Pues ¿y Pepe y su hermana?

PAQUITA. Los estamos esperando hace ya un buen rato.

MANUEL. Pues empecemos á ensayar nuestros papeles y aunque falten dos, unos haremos las figuras de otros..

JULIA. Sí, sí... vamos.

Gente Menuda

PAQUITA. Como queráis...
 ANDRÉS. Empiece el ensayo...
 JULIA. ¡Ay! no puede ser..
 MANUEL. ¿Por qué? .
 JULIA. Porque Pepito se llevó la charada escrita para copiar su papel, y hasta que venga...
 ANDRÉS. Es verdad.
 PAQUITA. ¡Qué lástima!
 MANUEL. ¡Callad! Me parece que oigo hablar...
 (Escuchando va hacia la puerta.)
 JULIA. Sí, sí... ellos son....
 PAQUITA. ¡Gracias á Dios!
 ANDRÉS. ¡Ya era hora!

ESCENA II

DICHOS, ELVIRA Y PEPITO

PEPITO. Aquí estamos todos.
 JULIA. Nos habéis hecho perder más de media hora.
 ELVIRA. La culpa es de Pepe, que no está nunca aviado para salir.
 PEPITO. Yo estoy listo hace tres horas y media.
 ANDRÉS. Pues entonces, ¿por qué no has venido?
 PEPITO. Porque por una de esas grandes casualidades que pasan en la vida... me he encontrado encerrado en mi cuarto.
 MANUEL. ¿Quién te ha encerrado?
 PEPITO. ¿Quién? No lo he podido averiguar; pero he tenido que salir por el balcón.
 PAQUITA. ¡Ay, Dios mío! ¿De un piso tercero?
 PEPITO. Sí... pero yo no tengo miedo á nada. Abrí el balcón, pasé por la barandilla y una vez de la

parte de afuera, me coloqué sobre una cornisa y agarrándome á la parte saliente de las piedras de la fachada, he ido pasando de casa en casa, bajando poco á poco á medida que encontraba cornisas más bajas, y al llegar á una esquina veo pasar un ómnibus, me arrojo..

MANUEL. ¿Desde qué altura?
 PEPITO. Muy poca cosa... unas siete varas... Pues como digo, me arrojo y con tan buen tino, que voy á caer encima del ómnibus, que me conduce al galope. Llamo al mayoral, pero debe ser algo sordo y no me ha oído y me han conducido á media legua de mi casa.

(Se continuará.)



ADIVINANZAS

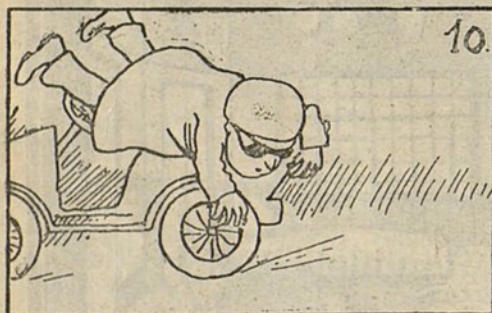
I

Siempre sale de su cárcel con la santa cruz á cuestras, unas veces mata al hombre y otras salva su existencia.

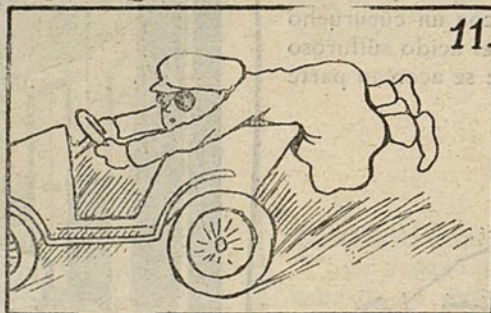
II

Ni en Europa, ni en America, ni en Asia, ni Africa existo, y estoy en medio del mundo, en el pan como en el vino. En Madrid no he estado nunca, pero me hallaréis en Pinto. No entro en los números pares, pero en los nones habito.

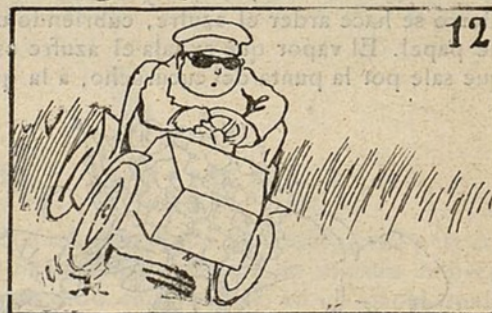
EL AUTOMOVIL DE JUANITO (Continuación.)



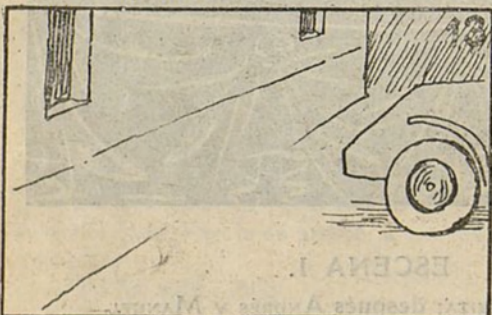
Después de nada fáciles equilibrios, volvió á la posición normal.



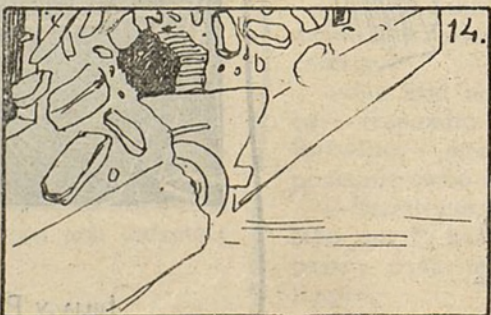
Pero de repente partió echando venablos antes de que Juanito lograra sentarse.



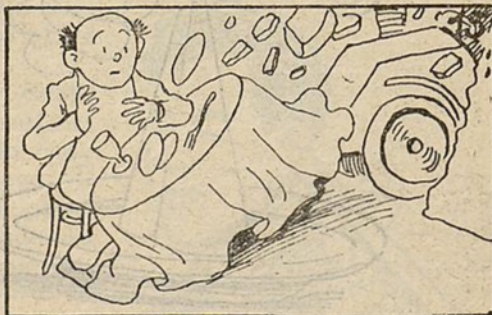
Lo consiguió á duras penas; pero pararle ni darle dirección... ¡que si quieres!



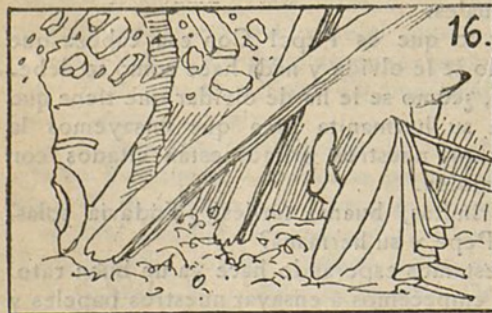
En esto se vió Juanito frente á una casa á la que iba flechado el automóvil.



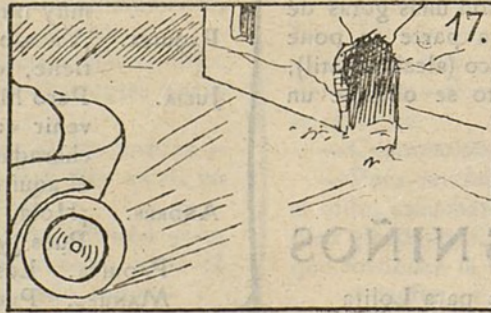
¡Zas! Penetró como un bólido por la fachada como si ésta fuera de papel de seda.



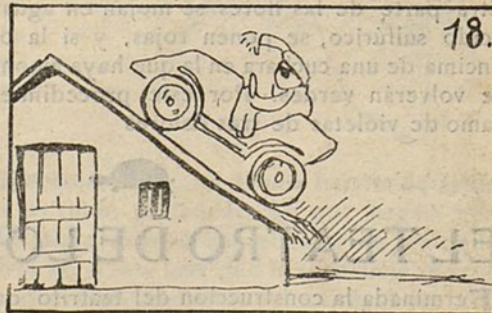
Juanito se encontró en un comedor muy confortable al parecer; pero apenas pudo verlo porque...



¡Cataplum! El automóvil salió como una cenitella por la pared posterior del edificio.



Verdes prados, áridas llanuras, montes y valles atravesaba la máquina disparada.



Y calles y plazas y tejados. Juanito pensaba estremecido: ¿Pero qué va á ser esto?
 (Se continuará.)